

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

EL MEDIO ORIENTE EN EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

ROMÁN LÓPEZ VILLICAÑA
Udla Puebla

EL DERRUMBE DEL SISTEMA COMUNISTA en Europa oriental y en la ex Unión Soviética ha provocado una enorme polémica a nivel mundial, y se han planteado gran cantidad de ideas en torno de dichos acontecimientos. Para algunos, este fenómeno no es más que una cuestión temporal, pues Rusia podrá recuperarse rápidamente y volver a ocupar su espacio en la política mundial. Para otros, lo sucedido constituye un cambio significativo a nivel internacional, y la apertura de una nueva era en las relaciones internacionales, donde Estados Unidos está llamado a desempeñar un papel de primer orden. En cambio, hay algunos más que consideran que la nueva situación internacional estará dominada por tres polos de poder: Estados Unidos, Europa y Japón.

Para los efectos del presente trabajo, nos inclinamos por la segunda de las opciones, ya que consideramos que las otras dos enfrentan todavía una serie de obstáculos que hacen difícil su articulación a corto plazo. En el caso de la primera, nuestro planteamiento es que si bien la ex Unión Soviética está en un proceso de cambio, se hace difícil una transición rápida, ya que todavía sigue sumergida en la desintegración. Conseguir que se establezca y que haya una recuperación económica notable a corto plazo no sería factible, y tal recuperación quizás podría llevar veinte años, por lo que considerar el pronto retorno de la Unión Soviética a la escena internacional, desempeñando un papel similar al que jugó durante el período de la Guerra Fría, se antoja muy difícil.

Respecto del tercer caso, cabe mencionar que desde el punto

de vista económico el mundo parece momentáneamente tripolar. Pero afirmar esto implicaría sostener que Estados Unidos está en plena decadencia y que nunca podrá recuperarse, lo cual es tanto como admitir que Estados Unidos ha entrado en un proceso irreversible del cual nunca podrá salir. Esto es negar la experiencia histórica de este país, que a lo largo de su existencia ha vivido crisis más difíciles que la actual, todas las cuales ha podido superar.

No se puede negar que Japón es un polo de poder fundamental, pues constituye un poderío económico de primer orden y, por el momento, es el poder financiero más importante del mundo. Sin embargo, la economía japonesa es muy frágil, ya que depende en gran medida de materias primas y no tiene control del acceso a ellas. El control está en manos de otros países, con los cuales Japón debe conservar buenas relaciones, aunque éstas no sean sus verdaderas intenciones. Un ejemplo claro de esto fue la política durante el embargo petrolero. Japón tuvo que plegarse a las exigencias árabes de romper con el estado de Israel, debido a que su dependencia petrolera de esa región es notable.

Cabe destacar que si bien Europa ha tenido una participación destacada en Medio Oriente, su papel militar allí se diluyó después de la segunda guerra mundial. Desde el punto de vista económico, el debilitamiento de Europa después de la guerra hizo que otras potencias, y en este caso Estados Unidos, ocuparan una posición cada vez más relevante. Si bien la presencia económica de Europa se ha fortalecido a partir de la recuperación económica iniciada con el plan Marshall, esta posición nunca volvió a ser la misma que la que se dio hasta el inicio de la conflagración.¹

Estados Unidos intentó llenar el vacío de poder que se produjo al final de la segunda guerra mundial pero ese país tuvo que enfrentar la amenaza real de una expansión de la Unión Soviética hacia el área de Medio Oriente. Desde hacía siglos, la Unión Soviética había competido con las potencias europeas por la posesión de la zona, aunque había realizado sus principales avances en el área

¹ Existe una gran cantidad de obras respecto del tema. Recomendamos entre ellas: Gold, Doré, *America, The Gulf and Israel*, Jaffe Center for Strategic Studies, Westview Press, Boulder, 1988. David S. Painter, *Oil and the american century*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986. Paul Marants y Belma Steinberg, *Superpower involvement in the Middle East*, Westview Press, Boulder, 1985. William Pol, *The US and the Arab World*, Harvard University Press, Cambridge, 1969.

de Asia Central. Su expansión sobre la Media Luna Fértil y sobre la península arábiga se vio impedida por el imperio otomano, o por la presencia europea. El vacío que quedó al final de la segunda guerra posibilitaría a la Unión Soviética para tener allí un campo para la defensa de su frontera sur, donde surgieran regímenes similares al soviético desde el punto de vista ideológico y económico, para así controlar los ya considerables recursos petroleros de la zona.

Estas intenciones se vieron frustradas por Estados Unidos, decidido a impedir que la Unión Soviética se expandiera sobre la zona a través de la ayuda a Grecia y a Turquía y con el establecimiento de un cordón sanitario alrededor de la Unión Soviética, lo que impidió el avance de ésta a la vez que reafirmó su posición económica preponderante en el área.

Durante el periodo de la Guerra Fría, Estados Unidos fue muy cauteloso, ya que no sólo tuvo que confrontar los intereses soviéticos en la zona sino que, indirectamente, se vio obligado a impedir o frustrar, y algunas veces aceptar, el regreso de los intereses europeos al área.

Con la Unión Soviética, el periodo de la Guerra Fría fue de altas y bajas: el orden norteamericano era uno en el norte de la región y otro en el Golfo Pérsico, donde compartió posiciones con la Gran Bretaña. En el Golfo Pérsico, la presencia británica hasta 1971, le permitió a Estados Unidos concentrarse en la zona del norte, consolidar la posición del estado de Israel y hacer frente a la Unión Soviética en otras áreas del mundo, como Corea y Vietnam, y los posibles focos subversivos en América Latina. Cabe destacar que durante este periodo Estados Unidos todavía no dependía del petróleo árabe, mientras que la Gran Bretaña sí lo hacía.

El primer reto serio a la posición norteamericana se da con la llegada de Nasser al poder, quien abre la puerta a los soviéticos, a Inglaterra y a Francia, en un intento por dejar el papel de subordinados norteamericanos y de regresar a ejercer un nuevo papel político en el área. Si bien se le impidió a los europeos que regresaran a la región, la Unión Soviética habría de desempeñar un papel más o menos importante en Egipto. Las repercusiones del movimiento nasserista en el área quedaron momentáneamente detenidas con la intervención norteamericana en Líbano y la inglesa en Jordania. Sin embargo, el movimiento no se detuvo ni se revirtió en su totalidad sino hasta la guerra de 1967, entre Israel y sus vecinos árabes.

A partir de ese momento, la posición de Estados Unidos no sufrirá variaciones, sino hasta la retirada inglesa del Golfo en 1971. La Unión Soviética, por su parte, pasó a desempeñar un papel cada vez menos significativo en el área, concentrándose en aliados poco confiables:

La retirada británica de la zona del Golfo fue suplida temporalmente por el fortalecimiento de Irán como aliado regional estratégico de Estados Unidos, pues la guerra de Vietnam hacía imposible un compromiso más directo de Estados Unidos en el área. Este sería el contexto donde se darían la guerra de 1973 y el embargo petrolero árabe. Esta guerra revela una situación bastante ambivalente, pues si bien se nota una erosión del control norteamericano sobre las políticas petroleras de los gobiernos árabes, ninguno de los acontecimientos pone en duda la posición hegemónica de Estados Unidos. El boicót petrolero, lejos de perjudicar a Estados Unidos lo benefició ya que, por un lado, éste no dependía mucho del petróleo árabe, y por el otro, se benefició del reciclaje de los petrodólares y de la fuerte demanda de mercancías y servicios provocada por el alza en el poder adquisitivo de los árabes.

En la segunda mitad de los setenta hay una ofensiva de la Unión Soviética sobre zonas que se suponían bajo el control de Estados Unidos. Cabe destacar aquí la presencia soviética en Angola y Etiopía, así como el fortalecimiento de su posición en Yemen y, en la zona del Oriente Medio, la invasión a Afganistán, el aumento de las relaciones soviético-iraquíes y la revolución iraní. La revolución iraní desbarataba el consenso estratégico norteamericano en el área al eliminar de tajo a uno de sus mejores aliados, guardianes de los intereses petroleros de Estados Unidos en el Golfo Pérsico. Estos acontecimientos comienzan a replantear la política norteamericana en la zona. Si bien Estados Unidos ha ganado a Egipto —que vuelve a estar bajo la influencia norteamericana después de los acuerdos de Campo David— la pérdida de Irán complica momentáneamente el consenso estratégico norteamericano, lo que crea un vacío de poder que intentó ser llenado por el Irán revolucionario y/o por Irak. Esta competencia condujo al estallido de la Guerra del Golfo, que enfrentó a los dos países más fuertes de la zona en una larga guerra de desgaste, la cual concluyó cuando finalmente Estados Unidos decidió apoyar al contendiente menos peligroso para sus intereses en el área: Irak. En ese momento Irak se percibía

como menos peligroso que Irán, pues este último estaba bajo un movimiento revolucionario, claramente antinorteamericano y con influencia a nivel de las masas en los países islámicos. Aunque Irak no fuera el aliado que los norteamericanos hubieran querido en esa guerra, constituía en ese momento la opción más viable, aunque debían comenzar ya los preparativos para un posible enfrentamiento en el área, donde Irak trataría de cobrarse el esfuerzo realizado, erigiéndose en la potencia hegemónica del área y con la opción, además, de convertirse en un país con una inusitada influencia a nivel mundial. Esto no lo podía permitir una gran potencia, cualquiera que fuera, pues implicaba aceptar que estaba en plena decadencia, si su seguridad energética dependía de una potencia de segundo orden.

La consecuencia lógica de los acontecimientos era el surgimiento de Irak como potencia regional, con un liderazgo político ambicioso y con pretensiones de desempeñar un papel cada vez más importante en el área.

La situación de Irak al término de la Guerra del Golfo era la de un país con una fuerza militar importante, pero sumamente endeudado. Al respecto, cabe señalar que para 1988 Irak le debía a Occidente 30 mil millones de dólares, a Arabia Saudita y a Kuwait 25 mil millones y 15 mil millones a otros países árabes.² Irak debió enfrentar, también, una reducción de sus exportaciones petroleras, que pasaron de 25 millones de barriles diarios antes de la guerra a 725 000 barriles en 1983. Esta baja hizo perder a Irak un promedio de 16 mil millones de dólares por año.³

La Guerra del Golfo sometió al pueblo iraquí a un enorme esfuerzo de guerra, en la que hubo numerosas bajas y una caída notable del nivel de vida. El liderazgo político, una vez ganada la guerra, tenía que hacer algo para recuperar parte de su posición anterior.

Es claro que los líderes políticos iraquíes y su pueblo percibían que Occidente y los estados del Golfo les debían una recompensa por los servicios prestados: impedir que la revolución iraní se expandiera y derrocará las monarquías reinantes de la región. Con esto en mente, los líderes iraquíes esperaban un amplio reconocimiento de su triunfo y de su nuevo papel de liderazgo en la zona; tal

² Adel Darwish, *Unholy Babylon*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991, p. 82.

³ *Ibid.*, p. 81.

vez una condonación de su deuda externa y más ayuda para la reconstrucción del país.

Sin embargo, sucedió todo lo contrario. Kuwait, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes, violando las cuotas de la OPEP, estaban produciendo más de lo permitido, mantenían de esta manera el mercado saturado y abatidos los precios, en momentos en que Irak hacía esfuerzos desesperados por volver al mercado, ampliar su cuota de exportación y encontrar precios altos que le permitieran una pronta reconstrucción de los daños ocasionados por la guerra.

El forcejeo entre Saddam Hussein y Kuwait tiene este trasfondo, el cual no pudo resolverse por medios diplomáticos debido a las intransigencias de ambas partes. La negativa kuwaití llevó a los iraquíes a sondear la posible reacción de Estados Unidos ante una acción de su país. Las respuestas poco claras de la embajadora norteamericana hicieron pensar a Saddam que Estados Unidos le estaba dando a Kuwait, como pago por su esfuerzo.

Éste fue, sin duda, el error más grande que cometió el líder iraquí, puesto que una vez finalizado el conflicto y hecho el trabajo sucio, a Estados Unidos lo que le interesaba era deshacerse de este aliado ocasional que ya no cumplía las funciones para las cuales fue usado, y que se transformaba automáticamente en un factor desestabilizador en la zona y en peligroso rival.

Como factor desestabilizador, Saddam Hussein podía —como ya lo había intentado antes— poner en peligro a los regímenes del Golfo protegidos por Estados Unidos. Podía tratar de erigirse en el nuevo líder árabe, tomando la bandera palestina y poniendo en peligro el *statu quo* vigente en la zona del Mediterráneo oriental y amenazando la seguridad del principal aliado norteamericano en la zona: Israel.

Como rival potencial, Saddam Hussein podía utilizar la capacidad militar que se le había dado para impedir el desborde revolucionario iraní, contra la zona que protegía indirectamente, tomando el control de 70% de la reserva petrolera mundial —acción que le podría dar enorme peso internacional.

Tarde o temprano, ya fuera Estados Unidos mismo o alguno de sus aliados, debía destruir la fuerza militar iraquí. La oportunidad que Estados Unidos esperaba se la brindó el propio líder iraquí al atacar y ocupar el emirato de Kuwait. La ocupación del emirato le daba la posesión de cien mil millones de barriles adicio-

nales de reserva, cuestión que no preocupaba mucho a Occidente pues, finalmente, Irak debía vender ese petróleo para obtener las divisas necesarias a fin de financiar sus ambiciosos proyectos de desarrollo.

Con Kuwait, Irak difícilmente podía controlar el precio del petróleo en el mercado internacional; debido a que Europa sólo importaba de allí 6% de sus necesidades, y Estados Unidos únicamente 11 por ciento. Además, el 6 de agosto Saddam Hussein le había asegurado al encargado de negocios norteamericano en Bagdad que estaba preparado para resguardar los intereses de Estados Unidos, una vez que éste señalara cuáles eran dichos intereses.⁴

Lo que preocupaba a Estados Unidos era el control que Irak pudiera ejercer (y que de hecho ejercía) sobre Arabia Saudita e Irán. Los tres países tienen una capacidad de producción de 20 millones de barriles diarios, y si a esto agregamos la influencia sobre Qatar, los Emiratos Árabes, Bahrain y Omán, Saddam podría haber controlado una producción de 25 millones de barriles diarios y una enorme reserva que le hubieran permitido controlar y manipular los precios. Aunque esta situación era un reto, no existía una amenaza directa sobre los intereses estadounidenses. Las inversiones norteamericanas estaban aseguradas, y en cuestión energética, Estados Unidos podía remplazar su escasa dependencia (reducida a partir de 1973) con otras fuentes de hidrocarburos. Si esto es cierto ¿a qué se debió la contundente reacción norteamericana?

Consideramos que la respuesta más adecuada debería enmarcarse en el contexto del fin de la Guerra Fría y del surgimiento de un nuevo orden mundial. Todo fin de guerra trae aparejada una reestructuración geopolítica, dentro de los límites creados por el nuevo esquema de poder.⁵ La nueva reestructuración está encaminada a establecer el nuevo papel hegemónico de Estados Unidos, el vencedor de la Guerra Fría, en el mundo. El primer paso orientado a lograr esto se dio en el Medio Oriente, cuyos estados son débiles, están divididos y tienen una escasa capacidad militar, pero poseen la mayor reserva petrolera mundial. Si Estados Unidos quiere ejercer una hegemonía mundial debe poseer el control del petróleo, que en la actualidad está íntimamente ligado al poder militar. Además, cabe destacar que la eco-

⁴ *Ibid.*, p. 52.

⁵ Richard Falk, "The cruelty of geopolitics: the fate of nation state in the Middle East", en *Millennium*, invierno 1991, vol. 20, núm. 3, p. 383.

nomía mundial depende del aprovisionamiento y del precio del petróleo.

A fines de la Guerra Fría, los comentaristas más influyentes señalaban que la endeble economía norteamericana difícilmente podía ejercer un liderazgo a nivel mundial. Esto es cierto, si consideramos que, durante ese tiempo, Estados Unidos permitió y ayudó por motivos estratégicos a la recuperación de Europa occidental y de Japón.⁶ Pero finalizada la Guerra Fría y desaparecida la amenaza soviética, se hizo necesario un reajuste que adoptó la forma de una guerra económica, cuya primera etapa fue el control del petróleo.

Indudablemente, el petróleo es importante para Estados Unidos, ya que en los últimos años sus importaciones han crecido de una manera acelerada y en la actualidad han llegado a importar cerca de la mitad de su consumo. Por esta razón, Estados Unidos debe asegurar su futuro, pues de esto dependerán su hegemonía y el comienzo del reajuste con Japón y Europa.

La victoria contra Irak permitió que Estados Unidos entrara en posesión de 50% del comercio mundial del petróleo, lo que le ha dado un enorme control de la economía mundial,⁷ y abrirá un extenso periodo de poder imperial, sin precedente en la historia, que dejará muy atrás al poder británico durante el siglo XIX.

El triunfo sobre Irak fue contundente. Los preparativos que Estados Unidos realizó para el enfrentamiento demuestran que ningún país se negó a sus acciones, que nadie se opuso a la manipulación de las Naciones Unidas para darle legalidad a la acción, y que todos aceptaron jugar el papel de subordinados en la llamada fuerza multinacional. La humillante derrota del material bélico soviético y europeo usado por Irak en esa guerra ha dejado a la industria militar de Estados Unidos sin rival en el mundo.

Los estrategas norteamericanos tuvieron buen cuidado de no destruir totalmente a Saddam Hussein y a su régimen, pero sí de eliminar su peligrosidad. Dejar al líder iraquí en el poder le dio a Estados Unidos un amplio margen de maniobra. En primer lugar, no existen simpatías por las fuerzas opositoras al régimen, que son escasas, poco confiables y que difícilmente podrían controlar al

⁶ Véase Alfred Eckes, "Trading american interest", en *Foreign Affairs*, verano, 1992.

⁷ George Friedman, *The coming war with Japan*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991, p. 209.

país en su totalidad. En segundo lugar, no rompió el tradicional esquema geopolítico del área, pues una victoria total crearía un vacío de poder que, eventualmente, podían llenar Irán, Turquía o Siria, lo que crearía problemas mayores. En tercer lugar, no se eliminó de manera total la amenaza —que aunque reducida sigue vigente— sobre las monarquías del Golfo, a fin de que éstas logren alinearse y acepten sin titubeos la presencia norteamericana en sus territorios. Por último, no le dio al estado de Israel el monopolio estratégico del área, manteniendo así a un enemigo potencial que podría ser rearmado en caso de extrema necesidad.

Desde antes de la Guerra del Golfo (Irán-Irak), Estados Unidos habían comenzado a establecer bases sólidas para su presencia permanente en el área, que fueron diseñadas para la llamada fuerza de despliegue rápido. Este esquema militar-estratégico comenzó a elaborarse a raíz de la revolución iraní, de la invasión soviética a Afganistán y de la Guerra del Golfo.

Durante la guerra, Estados Unidos fue muy cuidadoso en: 1) buscar un equilibrio de poder entre los contendientes para que ninguno alcanzara una victoria demasiado clara, ya que una derrota demasiado grande de Irán, podía poner en peligro su integridad, y con esto invitar a una intervención soviética; 2) asegurarse que los soviéticos no explotaran el conflicto y ganaran posiciones en cualquiera de los países y 3) evitar que la guerra minara los pilares que sostienen a los regímenes conservadores del Golfo, asegurando así un continuo flujo petrolero.⁸

Para cumplir con su cometido, Estados Unidos comenzó a crear, acondicionar y desarrollar bases estratégicas importantes. En Egipto logró usar la base de Quena, además de mantener una presencia importante en Sinaí. Consiguió también usar el puerto de Mombasa, en Kenia, tanto para el ejército como para la marina. El 4 de junio de 1980, se firmó un acuerdo con Omán que le permitió usar y acondicionar los aeropuertos y puertos de Masirah, el de Mascat, el de Thumárit, agrandar el de Khasab en la estratégica península de Musandamán, usar el puerto de Rasyut cerca de Salalah y el puerto Qaboos cerca de Mascat.⁹ Además de esto, utilizó los aeropuertos de Arabia Saudita y el puerto de Berbera, en Somalia.

⁸ Amitav Acharya, *US military strategy in the Gulf*, Nueva York, Routledge, 1989, p. 16.

⁹ *Ibid.*, p. 111.

El centro más importante de esta fuerza estratégica estaba en la isla de Diego García.

A raíz del conflicto Irak-Kuwait, la presencia norteamericana ha conocido una expansión sin precedentes. En la parte sur de Bahrain están estacionados 18 000 marines; en Fujairah la mitad del hotel Hilton se renta para personal militar norteamericano, en espera de que se terminen las instalaciones permanentes.¹⁰

En el emirato de Kuwait la presencia norteamericana se ha vuelto permanente y sus tropas de Camp Doha, al norte de la ciudad de Kuwait, "pretenden estar tanto como duren las tensiones en el área".¹¹ Kuwait tiene acuerdos militares secretos con Estados Unidos, pero en las paredes de las calles de la ciudad cada vez se lee con más frecuencia la frase "yankees don't go home". En Arabia Saudita hay una presencia militar importante, aunque siempre disfrazada u oculta.¹² Esta presencia militar le va a permitir a Estados Unidos manipular fácilmente la política y los movimientos petroleros en la zona.

La oportunidad que le brindó Saddam Hussein a Estados Unidos con la invasión a Kuwait fue única, y se produjo en el momento justo para comenzar con el reajuste mundial. Si no hubiera habido invasión a Kuwait habría que haberla inventado, pues sus repercusiones y lecciones tanto a nivel interno como externo, sirvieron y servirán durante mucho tiempo. A nivel interno, se trató de acabar con el síndrome de Vietnam, convenciendo al pueblo norteamericano de que la maquinaria de guerra más poderosa de la historia se puede usar libremente, sin tener que sufrir los costos y frustraciones que resultaron de Vietnam.¹³

A nivel externo las repercusiones son variadas: 1) La guerra fue un llamado de atención para los dictadores y/o las potencias regionales, pues de aquí en adelante, cualquier cambio en el *statu quo* que no tenga la aprobación de Estados Unidos, deberá afrontar una fuerza avasalladora; nadie debe atreverse a desafiar a este país. 2) La unidad árabe —siempre dudosa— se hizo pedazos y difícilmente podrá recuperarse de tan rudo golpe. 3) A pesar de la ola funda-

¹⁰ Stephen Zunes, "Is US overstay in its Gulf Welcome?", en *These Times*, febrero 26-marzo 10, 1992, p. 2.

¹¹ "Nice home, nasty neighbors", en *Newsweek*, septiembre 14, 1992.

¹² *Ibidem*.

¹³ "Pax Americana", en *Review of the Month*, vol. 43, núm. 3, julio-agosto, 1991, p. 1.

mentalista, y de las advertencias de los países islámicos contra Arabia Saudita, Estados Unidos instaló en la cuna del Islam, como un abierto desafío, un impresionante dispositivo militar, con la venia del servidor de las dos mezquitas sagradas, sus parientes y los amigos que lo rodean. 4) Se probó que el nuevo orden será consensual, siempre y cuando este consenso se encuentre en la línea de opinión de Estados Unidos, y sus ex aliados se conformen con jugar un papel de subordinados. Los intentos franceses de buscar una salida diplomática al conflicto fueron desechados. 5) Se probó que el Consejo de Cooperación del Golfo, enfocado a garantizar la seguridad de los países árabes de la zona, no sirve para cumplir tal función, y que la tutela norteamericana es esencial para la supervivencia de los regímenes de la zona. 6) Las Naciones Unidas actuaron más como sucursal del Departamento de Estado, que como organismo encargado de la seguridad colectiva. 7) Estados Unidos probó tener el control y la solución del conflicto de Medio Oriente.

La guerra dejó a Estados Unidos con el control de la principal fuente de petróleo mundial. Asegurado su abastecimiento dentro del esquema del Tratado de Libre Comercio con México y Canadá, Estados Unidos estará en la mejor de las posiciones para manipular el mercado petrolero internacional, la economía mundial y comenzar un reajuste obligado y desde una posición de fuerza con Europa occidental y Japón.

Pero el liderazgo político norteamericano el nuevo orden no es nuevo, sino "orden".